

# La casa nativa de don Julio de Urquijo

por

Javier de Ybarra y Bergé

Las anteiglesias vecinas a Bilbao eran a mediados del siglo pasado lugar de residencia veraniega de familias bilbaínas de cierto rumbo, a excepción de aquéllas a las que la posesión de solares en otros lugares del Señorío, les forzaba a acudir, a lo menos por unos meses, al rincón vizcaíno del que procedían.

Así como otros bilbaínos en tiempos anteriores, en Abando, los Novia de Salcedo, Arbieta, Zorroza, y Arana, en Begoña los Leguizamón, Marquina, Zurbarán y Arbolancha y en Deusto los dueños de las Torres de Madariaga y de Larraco-Larragoiti, habilitaron sus antiguas fortalezas, extramuros de la Villa, como habitación veraniega, y así como los bilbaínos de la generación de nuestros padres y abuelos acudían en los meses calurosos a los barrios de Algorta, Neguri y Las Arenas, de la anteiglesia de Guecho, que hoy se han convertido, dadas las facilidades de comunicación, en lugar de residencia permanente; los abuelos de nuestros abuelos, por no abandonar los asuntos que los ocupaban en el Bilbao de mediados del ochocientos, pasaban el verano en las proximidades de la Villa.

En linajudas familias como las de Arana y Novia de Salcedo y hasta en las de los primeros mercaderes de Bilbao, los Zurbarán y los Arbolancha, había un motivo para ese breve éxodo anual, fundamentado en la vinculación a solares o antiguas torres de bando extramuros del villazgo, pero indudablemente la comodidad que suponía el hallarse a corta distancia de sus quehaceres bilbaínos, fué la causa que dió lugar a que los Arana, ascendientes de los Murga y Ortiz de la Riva, construyeran «La Floresta», aprovechando al efecto Basocoechea-Becotorre, en Abando; a que

en la misma anteiglesia, abandonando su Torre de Novia, de Elejabarri, levantarán los Novia de Salcedo en Basurto, un palacete al que sustituyó hace dos siglos el que aún perdura, y a que los Basabe transformarán su Torre de Madariaga, de Deusto, en el palacio que ahora está siendo derruido y en los dinteles de dos de cuyas ventanas, una antigua y otra moderna, lucen marcas de mercaderes o armadores, que dicen de la laboriosidad de los hijos de Vizcaya, que saben compaginar el trabajo con lo esclarecido de sus estirpes, al extremo de que también en Deusto, en Larracotorre-Larragoiti, la marca de mercader o armador aparece debajo del vellocino del Poisón de Oro que orla el escudo de la Torre.

Entre las fincas que en el siglo diecinueve poseían los bilbaínos en Abando, se contaban la de «Mena», de los Mazarredo, que heredaron los Zabálburu y hoy pertenece a la Condesa de Heredia Spinola, la de «Estraunza» de los Uhagón, ahora propiedad de la Viuda de don Juan de Ybarra y Arregui, la de «Onchena» de los Urigüen, que la heredó la Marquesa de Arriluce de Ybarra, la antes citada de los Novia de Salcedo y las de Allende-Salazar, Mazas, Zumelzu, Bergé, Aurrecochea, Echevarría-Villabaso, Aguirre, Arana, Ortiz de la Riva, la Naja, vinculada en los Arrieta Mascárúa, y la de Olavarría, que heredaron los hermanos Revilla-Ingunza.

En el diecinueve tenían fincas en Deusto los Gardoqui, Hoffmeyer, Lapeyra, Arriaga, Ybarra, Vilallonga, Salazar, Bilbao, Errazquin, Calera, Basterra, Somonte, Solaegui y otros más, como los Recacoechea y Palme, que poseían las antiguas propiedades de los Nagusia y Barbaraco.

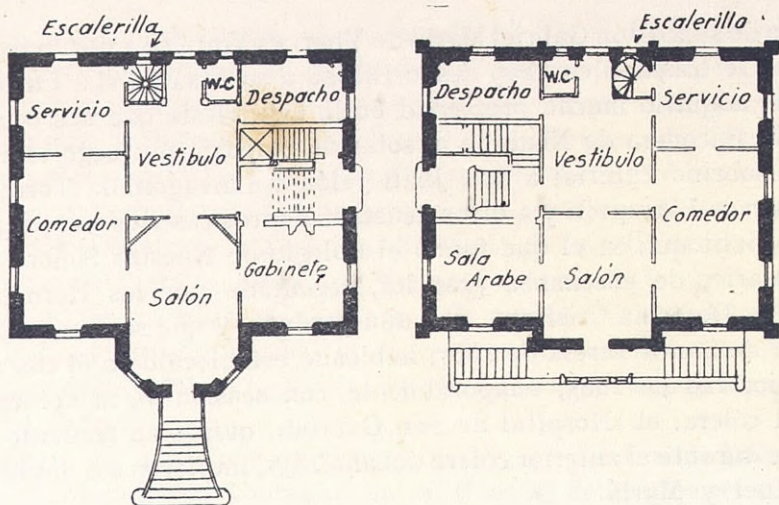
Entre los antiguos solares destacaban el armero de Goosens, en el que se halla hoy instalada la Escuela de Náutica, el antes citado de los Basabe, la también consignada Torre de Larraco y el solar de Sarrico o Sarricoa.

Este último sirvió de fundamento a la finca «Goieder» de Ibarrecolanda, del Conde de Zubiría, que como su primo hermano don Ramón de Ybarra y Arregui, en la denominada «Bidarte», se instaló en Deusto para residir todo el año, siguiendo el ejem-

plo de su tío don Gabriel María de Ybarra y Gutiérrez de Caviedes, que se trasladó en 1869 desde Bilbao a su casa de «La Cava» y que adquirió mucha propiedad en la anteiglesia que nos ocupa: a la Baronesa de Neubrón el solar de Sarrico, que luego compró su sobrino Zubiría; a don Juan Jalón y Larragoiti la Torre de Larraco-Larragoiti y a otros deustarras otros caseríos y el palacio de Gardoqui, en el que fundó el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, de enseñanza gratuita, regentado por los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que aún perdura, y que se inauguró el día de Santa Teresa de 1887, habiendo establecido en él con anterioridad en 1885, temporalmente, con ocasión de la epidemia del cólera, el «Hospital de San Gabriel», quizás en recuerdo de que durante el anterior cólera del año 1855, murieron sus dos hijas Isabel y María.

Aun cuando en Abando, a salto de puente del mismo corazón de Bilbao, vivían todo el año muchas de las familias que antes hemos citado, no ocurría lo mismo en Deusto, más apartado del centro urbano bilbaíno, cuando don Gabriel Ybarra fué a vivir a «La Cava». En el terreno adquirido por Ybarra se construyeron dos casas gemelas, con motivos arabescos en la decoración exterior y una de ellas con un salón árabe, en la cornisa del cual se lee: «El Señor Don Gabriel Ybarra mandó hacer este artesonado y adornos encargando su dirección al pintor sevillano Joaquín Díez, año mil ochocientos sesenta y nueve».

Después de haber pasado el verano en Las Arenas, donde poseyeron también casas sobre la playa, Ybarra y sus hijos se instalaron en el otoño de 1869 en los nuevos palacios de «La Cava», que ocuparon don Gabriel, el que queda más próximo a Bilbao, y el contiguo, su hija, doña Rafaela con su esposo don José Villalonga, socio de los Ybarra en las factorías «Nuestra Señora de la Merced» de Guriezo y «Nuestra Señora del Carmen», de Baracaldo, que luego se transformó en Sociedad Anónima «Altos Hornos de Bilbao», y junto a la fábrica de Baracaldo tenían también los Ybarra otra posesión, en la que pasaban algunas temporadas.

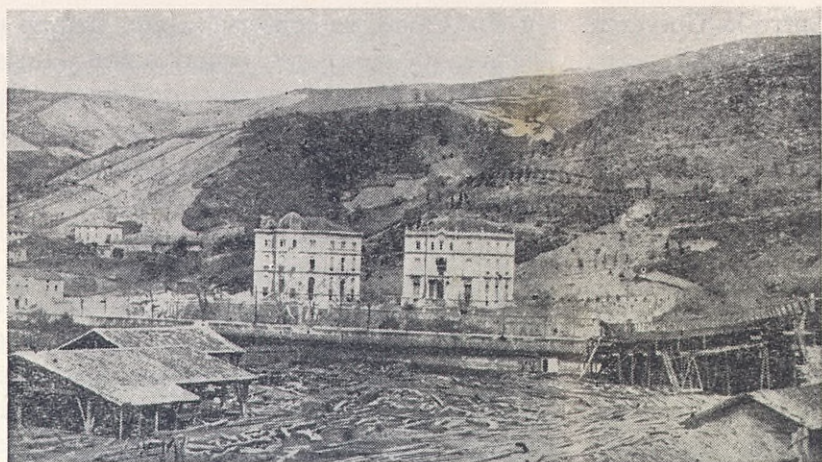


Casa de Vilalonga-Ybarra

Casa de don Gabriel M.<sup>a</sup> de Ybarra

Con don Gabriel Ybarra y su esposa doña Rosario Arámbarri, vivían en «La Cava» sus hijos solteros Fernando, Virginia y Amelia y el matrimonio Urquijo, don Adolfo Urquijo y Goicoechea y doña Rosario de Ybarra y Arámbarri, con los niños Adolfo, luego Conde de Urquijo, Luisa, actual Superiora General de los Angeles Custodios, Rafaela, y Fernando, que murió a corta edad; cuando vió la luz primera nuestro don Julio de Urquijo e Ybarra, al que dedicamos el presente número extraordinario del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, como homenaje y reconocimiento a sus muchos méritos en pro de la cultura vascongada.

La habitación en la que nació don Julio, en la planta inmediata superior a la que reproducimos, es en la que habitaban sus padres, sobre el comedor, y junto a la de los abuelos del neófito, encima del salón principal, que se hallaba contigua a la que ocupaba don Fernando de Ybarra y Arámbarri, sobre el salón árabe. El acontecimiento tuvo lugar el 3 de abril de 1871, año y medio después de haberse inaugurado las casas de «La Cava», y recibió las aguas bautismales en la parroquia de San Pedro de Deusto el anteúltimo de los hermanos Urquijo, al que había de seguir



su hermano José María, que luego murió mártir por Dios y por España.

Vivieron felices las familias Ybarra, Urquijo y Vilallonga, en «La Cava», hasta el año 1873, en que iniciada la guerra carlista se trasladaron a Bilbao y desde allí a Santander en el mes de agosto, y en la capital de la vecina Montaña vino a vestir de luto a las citadas familias la prematura muerte, a los veintiocho años de edad, el 8 de enero de 1875, de doña Rosario de Ybarra y Arámbarri, que dejó viudo a don Adolfo Urquijo y huérfanos, bien niños, a sus pequeñuelos.

En «La Cava», durante la guerra, había estado instalado el cuartel general carlista y el estado en que quedaron las casas impidió el pronto regreso a ellas de sus dueños. Creo que la fotografía que reproduzco, tomada desde los astilleros de Abando al pie de la actual Alameda de Mazarredo, es de la época de la postguerra en que se reconstruyeron esas casas. A su lado izquierdo según se mira, se ve la finca de don Ramón de Salazar y Mazarredo, padre entre otras hijas, de la Condesa de Bilbao y de doña Leonor y doña Rita Salazar, que casaron sucesivamente con don José Leopoldo Moyua. Esa preciosa finca desapareció al construirse en el espacio que ocupaba, la Universidad de Deusto, en la que cursaron su carrera de Derecho los hermanos Urquijo.

Entre la Universidad y «La Cava», se conservó algún tiempo el antiguo matadero de Deusto, que desapareció cuando don Gabriel Ybarra mandó construir a este objeto el nuevo matadero de Olaveaga, que entregó al Ayuntamiento de Deusto, permutándolo por el viejo edificio que regaló a los Jesuitas, realizándose en él las obras precisas para la instalación, que aún perdura, de las oficinas del Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús.

Terminada la guerra carlista los Ybarra, Urquijo y Vilallonga se instalaron en 1876 en los distintos pisos de las casas de la Ribera bilbaína, en las que se halla el escritorio de los Ybarra, en el que se atendía entonces, además de las propiedades mineras, las de las fábricas de hierro y acero de Guriezo y Baracaldo. En la Ribera comenzó una nueva vida para los hermanos Urquijo, que si habían perdido a su madre, hallaron una celosa sustituta en su tía, la *titta*, como ellos cariñosamente la llamaban, doña Rafaela de Ybarra y Arámbarri, esposa de don José Vilallonga, la cual por aquellos años inició su vida de perfección, que dió sus frutos en obras santas, destacando entre todas la fundación de los Angeles Custodios, congregación de religiosas dedicada a velar por la preservación de las jóvenes en peligro, y por la perseverancia de las corregidas.

La que había de morir en olor de santidad, siendo incoado su proceso de Beatificación por la Santa Iglesia, se preocupó por la educación de los hijos de su hermana con el mismo interés que por la de sus propios hijos, de modo que los Urquijo hallaron en ella una auténtica segunda madre. Este cuidado que se había impuesto doña Rafaela, cuando ambas familias vivían en la Ribera, continuó el año 1878, en «La Cava», adonde se trasladaron, adelantando el proyectado regreso a Deusto después de la guerra, debido a que una nueva desgracia, la muerte de Amelia de Ybarra y Arámbarri, había sumido en el mayor abatimiento a su madre doña Rosario Arámbarri, y para que ésta cambiara de ambiente se anticipó la ida a «La Cava», que tuvo lugar en mayo de 1878.

El cuidado de la *titta* hacia sus sobrinos continuaba también en los meses de verano, que los pasaban sobre la playa en las casas de Las Arenas, ocupada una de ellas por los Urquijo y otra

por los Vilallonga y don Gabriel Ybarra y su esposa. Estos últimos pasaron a vivir el año 1879 a otra casa de su propiedad en el Campo Volantín bilbaíno, en donde les acompañó en algunas ocasiones la propia doña Rafaela, que tuvo allí al menor de sus hijos. Al morir repentinamente en 1883, en la estación de Orleans, de París, doña Rosario de Arámbarri, su esposo se instaló en «La Cava», en casa de su hija, y allí vivió hasta su muerte, acaecida en 1890, con el consuelo de los cuidados filiales y de la Santa Misa en el oratorio particular, que también tuvo en el Campo Volantín, siendo entonces el capellán de «La Cava», el joven sacerdote don Resurrección María Azcue, que tanto había de aportar después a la lingüística vascongada, y que sigue laborando como Director de la Academia de Lengua Vasca y como miembro de la Real Academia Española.

Los Urquijo, desde que su abuelo se instaló en el Campo Volantín y mientras vivió en casa de doña Rafaela, ocuparon la contigua de «La Cava», propiedad de don Gabriel, que tenía en ella, en la planta baja, su oficina particular, en la que atendía a la administración de sus bienes. Muerto don Gabriel se adjudicó a su hija Rafaela dicha casa, cuyo piso bajo había ocupado al casarse su primogénito Mariano, luego Conde de Vilallonga.

Poco después en 1891, con sus hijos solteros, don Adolfo Urquijo se trasladaba a una casa de la calle Huertas de la Villa, a pesar de que su cuñada le decía por carta: «Mi deseo, ya lo sabes, Adolfo, y te lo he repetido no una vez sino varias, es que continúes en la casa hasta que veamos medio de arreglar el que podamos continuar reunidos como hasta aquí. También te lo dije y te lo repito hoy, que estoy firmemente convencida, que esta unión de nuestras familias la bendecirá le Señor, y que ésta es su voluntad santísima, como lo fué la de aquella hermana de mi alma y esposa muy querida tuya, que en su lecho de muerte, cuando hablaba de tí y de esos cinco pedazos de su corazón que dejaba en la tierra, decía: «Rafaela los cuidará». Bien grabadas tengo sus palabras, nunca se borrarán, con el favor de Dios, de mi imaginación. Confío, pues, en que ella que tanto ha velado por nosotros hasta el presente, no dejará de hacerlo en el porvenir, y hará que cada vez nues-

tra unión sea más íntima y firme, a medida que más nos acerquemos a nuestra verdadera Patria donde ella nos espera».

Esta unión de ambas familias perduró, en efecto, pero Urquijo padre, con gran delicadeza, no quiso perturbar la cómoda instalación de su sobrino Mariano en «La Cava», cuando ya, como decía doña Rafaela: «No dejo de conocer, Adolfo, que los inmediatos cuidados maternos han concluido ya; pues, a Dios gracias, tenemos el consuelo de ver a todos formados en cuerpo y espíritu y bien fortalecidos en el buen camino, gracias mil veces a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre; pero esto no quiere decir, Adolfo, el que este corazón de madre que siempre he tenido para ellos, no me mueva siempre a velar por ellos y a amarlos con todo mi corazón mientras viva y más aún después de la muerte, donde todos santamente unidos viviremos eternamente».

De «La Cava» había partido don Julio de Urquijo para contraer matrimonio con doña Vicenta de Olazabal, en San Juan de Luz, en donde se instaló en una magnífica residencia, construida al efecto, en la que al pasar a vivir don Julio a San Sebastián, se estableció por deseo suyo la orden religiosa de los Angeles Custodios, que fundara su querida *tita*.

Buena mano tuvo doña Rafaela para educar a sus sobrinos, que los dejó «bien fortalecidos en el buen camino», que ellos nunca abandonaron y supieron desenvolverse en la vida con una muy recia personalidad, que si el Conde de Urquijo fué uno de los mejores Presidentes de la Diputación de Vizcaya, don Julio de Urquijo, fundador de la Revista Internacional de Estudios Vascos, tiene un nombre muy respetado por sabios españoles y extranjeros, que hay que ponerlo en vanguardia de los filólogos vascongados, don José María de Urquijo, campeón de la religión católica dió su vida por Dios y por España, la Reverenda Madre Luisa de Urquijo, siendo viuda de don Joaquín de Vierna, ingresó religiosa en los Angeles Custodios y hoy es Superiora General de la Orden que fundara su tía, y Rafaela de Urquijo nos legó la destacada personalidad de su familia, a través de sus hijos: Rafaela, que ha sabido entregarse a Dios, ingresando religiosa en las Esclavas del Sagrado Corazón; Ignacio, que ostentó cargos públicos como los



de Diputado a Cortes, Gobernador Civil y Diputado provincial; Adolfo, personalidad relevante en las finanzas y en la labor benéfica, Consejero del Banco de Vizcaya, Presidente de la Santa Casa de Misericordia y Alcalde de Bilbao, que murió asesinado por los enemigos de Dios y de España; y José María de Careaga y Urquijo, uno de los auténticos valores nacionales, que labora con entusiasmo por España, bien en el suelo patrio o en nuestras Embajadas de Ultramar, en las que tan activamente actúa y que también ha sido Alcalde de Bilbao, cargo en el que desarrolló una labor intensísima y modelo para quienes se ocupan del ornato y cuidado de las calles y edificios públicos y de la vida municipal en general.

Cuenta Rafael Sánchez Mazas que en Roma, al decir que era de Bilbao, le preguntaban por los hermanos Urquijo. Y añade: por Adolfo me preguntaban los Embajadores, por José María los Cardenales y por Julio las Princesas. En una ocasión en el tren de Roma a París, dice Rafael que una Princesa de Borbón-Parma, le habló mucho de su amigo Urquijo, que como es sabido tenía una relación íntima con la familia de D. Carlos VII.

Una visita a las casas de «La Cava», nos proporciona ahora la satisfacción de ver instaladas en ellas a las religiosas de los Angeles Custodios, con su Superiora General la Madre Luisa de Urquijo, que habita la misma casa en la que discurrió su niñez y su juventud. Por Rosario de Zubiría e Ybarra, prima hermana de doña Rafaela, a la que se deben los medios económicos, y por la Condesa Viuda de Vilallonga, que hizo el sacrificio de abandonar su casa, pudieron adquirir los dos edificios de «La Cava», quienes habían de conservarlos con el gran cariño y devoción que profesan a la fundadora de su congregación religiosa.

Buen consuelo es también para don Julio de Urquijo, el que sean estas monjitas, que hoy gobierna su hermana Luisa, como Superiora General, las que cuiden las casas de «La Cava», en las que él vino al mundo y en las que se educó y formó junto a aquella su segunda madre, a la que todos los vizcaínos confían ver pronto en los altares.